

## DEFENSA

*Luis GONZALEZ Y GONZALEZ*

Es ALENTADOR para los autores del tercer tomo de la *Historia moderna de México* —la descomunal empresa de don Daniel Cosío Villegas— el aplauso de Moisés González Navarro, distinguido sociólogo, jurista e historiador. Son también de agradecer las discrepancias entre nuestro amigo y nosotros. Esto permite aclarar ciertos puntos oscuros, y después lo haremos. Ahora me propongo algo muy simple: responder rápidamente y a vuelapluma a dos o tres notas de nuestro amable crítico. No está por demás iniciar una conversación en esta forma, y confrontar a la luz del día algunas opiniones sobre lo acontecido en México en el último tercio del siglo XIX.

González Navarro encuentra omisiones, defectos, excesos y un juicio inexacto en lo que a mí corresponde de este tercer tomo. Peco por omisión al dejar fuera del recinto de mi trabajo a la Iglesia católica y a las clases medias y altas. Caigo en graves defectos cuando sólo esbozo temas relativos a la criminalidad, la colonización y los terrenos baldíos. Me excedo al estudiar la vida de apaches y comanches, tribus a quienes nuestras leyes tenían por extranjeras, y malgasto la Quinta parte del libro en las “minorías indígenas”. En fin, peco por inexactitud al atribuir una política agraria al estado mayor de la República Restaurada. Así piensa González Navarro.

Los temas omitidos no son los arriba indicados, sino otros muchos. Aunque voluminoso, este libro no aspira a ser una compilación o repertorio de todos los temas sociales; aspira a una visión unificadora de la sociedad de la República Restaurada, enlazada con los panoramas político y económico de los dos volúmenes ya publicados. Algo de lo que parece faltar aquí hay que ir a buscarlo allá. Por ejemplo, la colonización y los terrenos baldíos son estudiados en el tomo de *Vida económica*, y las clases medias y altas, autores de la vida po-

lítica de entonces, son fielmente retratadas en el primer tomo. Pero, como si esto no fuera bastante, en el tomo tercero se dedican cerca de treinta páginas al asunto de la colonización y los terrenos baldíos, y las conductas, actitudes, ideas y tendencias de los grupos medios y altos es lo más patente a lo largo de todo el escrito, como que eran esos grupos los relevantes en el resto de la población mexicana.

La Iglesia católica, "a la que levemente se menciona a propósito de los curas católicos", debiera ser tratada en capítulo aparte, al decir de González Navarro. Y es explicable si se piensa en la importancia que luego adquiere en el Porfiriato. En la República Restaurada, si no estuvo ausente de la vida del país, su presencia no es destacada; se advierte apenas en la política, la educación, la beneficencia, etc., y este tomo no calla su participación en esos y otros sectores de la vida de entonces. El espacio que se le concede aquí, ni el mismo padre Cuevas se lo otorga en su extensa *Historia de la Iglesia en México*.

González Navarro también hubiera querido ver un estudio por separado de la criminalidad. Funda su deseo en un curiosísimo argumento. Dice que a partir de 1870 hay buenas estadísticas de crímenes. Las hay de otras cosas, pero su existencia no impone al historiador el deber de enfrascarse en los temas allí tratados. Las fuentes pueden limitar un campo de estudio, y nada más; mal anda la cosa cuando se trepan sobre los hombros del investigador y le dictan lo que debe investigar. A la postre parirá una obra de erudición, no una historia.

González Navarro ha sido juez en alguna ocasión y no puede ocultar, como buen agente de la justicia, su interés en la criminalidad. En el caso de apaches y comanches, acepta que se hable de sus crímenes y sólo le parece excesivo lo dicho acerca del resto de su vida, por más que esto explique lo otro, lo que él quiere ver ampliamente analizado. También es ciudadano y se duele de las 175 páginas dedicadas a estudiar el problema indígena, el que más dolores de cabeza dio y el que inspiró los más nobles programas sociales de la política liberal en la década de la República Restaurada.

Aunque ocupados por lo general en la organización poli-

tica del país —urgencia inaplazable—, los gobiernos de Juárez y Lerdo cuando menos se preocuparon, como el que más, por la reforma social, contra lo que creen la extrema izquierda y la extrema derecha de nuestros días. Y suele pensarse que cuando los extremistas de la política coinciden en el enjuiciamiento de un aspecto o trozo del pasado es porque la verdad histórica se ha abierto paso. Lo que acontece es exactamente lo contrario. Siempre empeñados los extremos en el encubrimiento de la verdad, cuando se ponen de acuerdo la encubren doblemente. Tal hacen los juicios radicales sobre la época auténticamente liberal que cierran los “tuxtepecadores”, para usar el término puesto en boga por don Daniel Cosío Villegas.

González Navarro, sin ser miembro de ningún extremismo político, los sigue en el empeño de negar carácter revolucionario a la Reforma y a sus secuencias. Se asombra al oír hablar de una política agraria de los reformadores, inspirada en vigorosos ideales, tales como la conquista de las tierras vírgenes del país con brazos mexicanos y extranjeros en fraternal esfuerzo, subdivisión de los grandes latifundios en beneficio de quienes los trabajan —peones y aparceros—, reparto de las tierras comunales entre sus condueños, destrucción del abusivo sistema de trabajo en las haciendas —castigos corporales y servidumbre por deudas—, mejoramiento de las técnicas agrícolas y los cultivos, y otros ideales análogos a éstos. Todavía más, para hacer efectivo este repertorio de anhelos se dictan varias disposiciones legislativas aun a contrapelo de la ortodoxia liberal, y se elaboran programas de acción precisos y detallados, a sabiendas de que no podían realizarse sino a largo plazo y haciendo frente a ingentes obstáculos. Ciertamente se hizo poco en la práctica, mas no por falta de ganas y de métodos. Faltó tiempo, tranquilidad y dinero. Una década de pobreza en la hacienda pública y de disturbios políticos no era ambiente apropiado para llevar la revolución social al terreno de los hechos.

Como quiera, la revolución social se hizo en el mundo de las ideas y de los proyectos, lo que no es poca cosa. Destruir los mitos es dar paso al aniquilamiento de las instituciones que

ellos alimentan. El liberalismo arrasa los mitos sustentadores de las estructuras coloniales, y por ende, deja a éstas sin cimientos ideológicos. Así acontece con la institución de la hacienda, que si subsiste y prospera en el Porfiriato, es sólo por la fuerza bruta.

En definitiva, si fracasado en la práctica, el programa liberal de reforma agraria sobrevivió como teoría hasta llegar a fructificar en la Revolución mexicana. Por tanto, no es ésta la negación de la Reforma, como lo han dicho algunos célebres historiadores contemporáneos, sino el remate —y no en todo— del pensamiento liberal.